

LIBRO NOVENO.

Recomposicion de los hombres y de los negocios.—Robespierre se crea una tribuna en los Jacobinos.—Roland conducido al poder por sus amigos.—Mr. de Narbona ministro de la Guerra.—El rey fluctúa entre los partidos.—Entusiasmo general por la guerra.—Sólo Robespierre resiste á este entusiasmo y le combate.

I

Después de la disolucion de la Asamblea constituyente y terminada ya la mision de Roland, éste y su esposa abandonaron Paris. Aquella mujer, que salia del centro de las facciones y de los negocios en que tanta parte habia tenido, volvió á la Platiere á entregarse de nuevo á los cuidados de su casa de campo; pero éstos ya no le eran agradables, después de haber participado de la embriaguez de la revolucion. El movimiento general la arrastraba, á pesar de la distancia que la separaba del centro de él, y mantenía una correspondencia seguida con Buzot y con Robespierre; la de este último era seca y meramente política; la de Buzot, tierna y patética á la vez. Su espíritu, su alma y su corazón, todo llamaba á madama Roland á Paris. Entre ella y su marido hubo una disension, imparcial en la apariencia, para decidir si debian enterrarse en la soledad de los campos, ó volverse á la capital. Pero la ambicion del uno y el alma de la otra habian resuelto la cuestion de antemano sin que ellos lo supieran. El pretexto más fútil bastó á su impaciencia, y en el mes de Diciembre se hallaban instalados de nuevo en Paris.

Por entónces fué cuando sus amigos empezaron á estar en candelero. Petion acababa de ser nombrado corregidor y se creaba una república en el seno de la municipalidad; Robespierre, excluido de la Asamblea legislativa por la ley que prohibia que los miembros de la constituyente fuesen reelegidos, se creaba tambien una tribuna en los Jacobinos; Brissot reemplazaba á Buzot en la nueva Asamblea, y su fama como publicista y como hombre político reunió en torno de sus doctrinas á los jóvenes girondinos. Estos llegaban de su departamento con el ardor propio de su edad y con el impulso de otra segunda ola revolucionaria. A su llegada se alistaron en los cuadros que Robespierre, Buzot, Laclous, Danton y Brissot tenían ya organizados.

Roland, amigo de todos aquellos hombres, pero que figuraba en segunda línea y entre sombras, habia adquirido una de esas reputaciones sordas, que son tanto más poderosas sobre la opinion, cuanto menos brillan exteriormente. Hablábale de él como una virtud de los tiempos antiguos, envuelta bajo la sencillez de un hombre de los campos. Bajo la capa de su silencio se le achacaba la grandeza del pensamiento, y bajo la cubierta del misterio se presentaba en él al oráculo. El esplendor

y el genio de su mujer hacian que se fijasen en él todas las miradas, y hasta su misma medianía, única potencia de la virtud para neutralizar la envidia, le servia admirablemente. Como nadie le temia, todo el mundo le ponía de manifiesto: Petion para cubrirse, Robespierre para minarle, Brissot para colocar su mala reputacion al abrigo de una probidad proverbial, Buzot, Vergniaud, Louvet, Gensonné y los girondinos por respeto á su ciencia y por verse arrastrados involuntariamente hácia madama Roland; la misma corte, por confianza en su honradez y porque no se alarmaba con su influencia. Este hombre caminaba al poder sin poner nada de su parte, ayudado por el favor de un partido, por el prestigio de lo desconocido sobre la opinion, por el desden de sus enemigos y por el talento de su mujer.

II

El rey se habia prometido un cuanto tiempo que la ira de la revolucion se mitigaria con el triunfo. Aquellos actos violentos y aquellas oscilaciones borrascosas entre la insolencia y el arrepentimiento, con las cuales se habia señalado la nueva Asamblea al tiempo de su instalacion, le habian desengañado dolorosamente. Atónito el ministerio á vista de tanta audacia, temblaba y confesaba en el consejo su insuficiencia. El rey estaba por conservar á unos hombres que tantas pruebas habian dado de adhesion á su persona. Algunos de ellos, confidentes y cómplices suyos, servian al rey y á la reina, bien por medio de relaciones con los emigrados, bien intrigando en lo interior.

Mr. de Montmorin, hombre de disposicion, pero que no era á propósito para las dificultades de la época, se habia retirado del ministerio. Los dos hombres de más nota que habian permanecido en él eran Mr. de Lessart, ministro de Negocios extranjeros, y Mr. Bertrand de Molleville, ministro de Marina. Colocado Mr. de Lessart por su posición entre una Asamblea impaciente, una emigracion armada, un rey indeciso y Europa amenazadora por complemento, no podia dejar de sucumbir á pesar de sus buenas intenciones. Su plan era evitar la guerra á su país por medio de negociaciones y contemporizando cuanto fuese posible, suspender el aparato hostil de las potencias, presentar el rey á la intimidada Asamblea como el único árbitro y el solo negociador de la paz entre su pueblo y el extranjero. Así esperaba evitar, ó cuando ménos diferir por algun tiempo, el último choque entre la Asamblea y el trono, y restablecer la autoridad ordinaria del rey manteniendo la paz. Las disposiciones personales del emperador Leopoldo secundaban maravillosamente este pensamiento, que no tenia contra sí sino á la fatalidad, que impulsa á los hombres y á las cosas al desenlace más inesperado. Los girondinos, y Brissot con especialidad, le asediaban con sus acusaciones, porque veian en él el hombre que más podia retardar su triunfo. Sacrificándole, sacrificaban todo un sistema; su prensa y sus discursos lo designaban al furor del pueblo, y los partidarios de la guerra le habian destinado á ser su víctima. Este hombre no hacía traicion; pero para aquellos furiosos, negociar era sinónimo de ser traidor. El rey, que sabía que su conducta era irreprochable, y que se asociaba á él en todos sus planes, se negaba á sacrificarle á sus enemigos, sin lograr con esto otra cosa que acumular más resentimientos contra el ministro.

Mr. de Molleville era enemigo oculto de la Constitucion. Este aconsejaba al rey

que se sirviese de la hipocresía, cubriéndose con la letra para matar el espíritu de la ley, marchando por caminos subterráneos á una catástrofe violenta de la cual, segun él decia, debía salir triunfante la causa monárquica, creyendo en el poder de la intriga más que en el de la opinion, buscando en todas partes traidores á la causa popular, pagando el espionaje, sobornando todas las conciencias, no creyendo en la incorruptibilidad de nadie, manteniendo inteligencias secretas con los más rabiosos demagogos, pagando á peso de oro las mociones más incendiarias á fin de despopularizar la revolucion haciéndola cometer los mayores excesos, y atestando las tribunas de la Asamblea de agentes suyos que cubriesen de silbidos ó de aplausos los discursos de los oradores, creándose de este modo en las tribunas un pueblo fingido y una falsa opinion. Este hombre queria servirse de medios muy pequeños para obtener cosas muy grandes, contando con que es tan fácil engañar á una nacion como lo es engañar á un individuo. El rey, á quien era muy adicto, le queria como depositario de sus penas y como confidente de sus relaciones con el extranjero y de sus negociaciones con los partidos, con los cuales le servia de hábil mediador. Mr. de Molleville se mantenía así en equilibrio, apoyado en el favor íntimo del rey y en sus intrigas con los revolucionarios. Este hombre sabía hablar el lenguaje constitucional y era el depositario de los secretos de muchas conciencias que se le habian vendido. El rey, por complacer á la opinion, nombró ministro de la Guerra á Mr. de Narbona, para colocarle entre estos dos hombres. Madama de Staël y el partido constitucional se acercaron á los girondinos para sostenerle en el ministerio. Condorcet fué el mediador entre estos dos partidos. La esposa de éste, mujer de una belleza extremada, se unió á madama de Staël para favorecer al joven ministro. La una le prestó el brillo de su genio, la otra la influencia de sus encantos. Estas dos mujeres parecia que habian confundido sus sentimientos en una adhesion comun hácia el hombre á quien ambas preferian. Su mutua rivalidad se sacrificó en este caso á su ambicion.

El punto de contacto del partido girondino con el constitucional en esta especie de fusion, cuya prenda fué la elevacion de Mr. de Narbona, era la pasion de aquellos dos partidos por la guerra. El partido constitucional la queria para liberar á la nacion de la anarquía interior y arrojar fuera de ella los gérmenes de agitación que amenazaban al trono. El partido girondino la deseaba para precipitar los ánimos á adoptar un partido extremo. Este partido se prometia que los peligros en que se veria la patria le darian fuerza para sacudir de sí el trono y para dar á luz el régimen republicano.

Bajo estos auspicios se encargó de la cartera de la Guerra Mr. de Narbona. Este tambien estaba por la guerra, pero no la queria para derribar un trono á cuya sombra habia nacido, sino para remover y deslumbrar la nacion, para probar fortuna por medio de un golpe desesperado, y para volver á poner á la cabeza del pueblo armado la alta aristocracia militar de la nacion. Componíase aquélla de Lafayette, Biron, Rochambeau, los Lameth, Dillon, Custines y el mismo Narbona. Si la suerte era favorable á las banderas francesas, victorioso el ejército bajo el mando de los jefes constitucionales, dominaria á los jacobinos, afianzaria la monarquía reformada y sostendria el establecimiento de las dos Cámaras. Si Francia era derrotada, no cabia duda en que tambien sucumbirian el trono y la aristocracia; pero valia más perecer noblemente en una lucha nacional entre Francia y sus ene-



Lanvergent defiende á Mr. de Lajaille.
Pág. 271.

migos, que estar temblando continuamente para venir á perecer al cabo bajo las picas de los jacobinos. Era ésta una política caballeresca y arriesgada que agradaba á los jóvenes por el heroísmo que en ella habia, y á las mujeres por el prestigio. Percibíase en ella la savia del valor frances, y Mr. de Narbona era su campeón en el consejo. Sus colegas Lessart y Bertrand de Molleville veian en aquel hombre un obstáculo perenne para sus planes. El rey fluctuaba como siempre, sin acabar de decidirse, ya adelantando, ya retrocediendo, y en esta indecision se veia á cada instante sorprendido por algun nuevo acontecimiento. Esta falsa posicion le tenia siempre en la imposibilidad de poder resistir un choque y de impulsar por sí mismo la marcha de las cosas.

Ademas de estos consejeros oficiales, consultaba el rey á los antiguos constituyentes Lameth, Duport y Barnave. Este último habia permanecido en Paris algunos meses despues de la disolucion de la Asamblea, y trataba de indemnizar por medio de una adhesion sincera á la monarquía los males que la habia ocasionado en un principio. Su espíritu habia medido la rápida pendiente adonde le habia precipitado el amor del aura popular. A este hombre le sucedió lo que á Mirabeau, á saber: que cuando quiso detenerse, era ya demasiado tarde para hacerlo. Entónces se vió asediado por los terrores y por los más agudos remordimientos. Si su intrépido corazón no temblaba por lo que á él pudiera sucederle, su ternura en favor de la

reina y de toda la familia real le inclinaba á dar al rey unos consejos en los cuales no habia sino una falta: la de que no era posible seguirlos.

Estos conciliábulos, que se celebraban en casa de Adriano Duport, amigo de Barnave y oráculo de aquel partido, no servian sino para producir mayor confusión en el ánimo indeciso y vacilante del rey. Lafayette y sus amigos eran tambien entónces del mismo parecer, y Lafayette, que el dia anterior dirigia aún despóticamente la opinion pública, no podia persuadirse de que su época habia pasado. La guardia nacional, que le era adicta, creia aún en su omnipotencia política. Todos estos hombres y todos estos partidos prestaban un secreto apoyo á Mr. de Narbona. Cortesano á los ojos de la corte, aristócrata á los de la nobleza, militar á los del ejército, popular á los del pueblo, y seductor á los de las mujeres, era el ministro universal de la esperanza pública. Sólo los girondinos tenian una segunda intencion en el favor aparente que le dispensaban, que era la de engrandecerle para poderle precipitar desde más alto. Mr. de Narbona no era para ellos sino el instrumento precioso é indispensable que debia preparar su advenimiento al poder.

III

Apénas entró en el Consejo el jóven ministro, cuando en la discusion de los negocios y en las relaciones entre el ministerio y la Asamblea se conoció la actividad, la gracia, la franqueza de su carácter. Su osadía le hizo atreverse á ensayar un sistema de confianza con la Asamblea, que quedó atónita al ver su abandono. Aquellos hombres suspicaces y austeros que hasta entónces no habian visto sino lazos tendidos con más ó ménos destreza en todos los discursos que habian oido á los ministros, se dejaban seducir por el encanto que habia en los de éste. No les habló nunca el lenguaje frio y oficial de la diplomacia, sino el idioma franco y cordial del patriota. Llevaba su cartera á la tribuna, y aceptando generosamente la responsabilidad de todos sus actos, desenvolvía allí los dogmas más queridos del pueblo, haciendo gala de profesarlos él mismo. Entregóse á discrecion, consiguiendo con esto que el arrojado impetuoso de su alma se comunicase aún á los hombres ménos fáciles de seducir. La nacion gozaba al contemplar un aristócrata á quien sentaba tan bien su traje, y que profesaba los mismos principios y tenia las mismas pasiones que ella. El ardor de su patriotismo no dejó que se resfriase aquel movimiento, que confundia en él al rey y al pueblo. Este hombre hizo prodigios de actividad en el corto tiempo de su administracion. Recorrió y puso en estado de defensa las plazas fuertes, creó ejércitos, arengó á las tropas, impidió la emigracion de la nobleza en nombre del peligro comun, nombró generales y volvió á poner en juego á Lafayette, á Rochambeau y á Luckner. Un ardor patriótico, cuyo principal autor era él, se apoderó de toda Francia. Haciendo del trono el centro nacional de la defensa del país, logró que el rey fuese querido por la mayor parte de los franceses. Los partidos se reconciliaron en el entusiasmo de la patria. Su elocuencia era enteramente militar, y tan rápida, brillante y sonora como el manejo de las armas. La efusion del corazon constituia su carácter. Ponia su alma de manifiesto ante los ojos de sus adversarios, y esta confianza cautivaba á todo el mundo.

El dia que fué nombrado ministro, en vez de anunciar su nombramiento dirigiendo una comunicacion oficial al presidente de la Asamblea, se presentó allí y

pidió en seguida la palabra. «Vengo — dijo — á ofrecer un profundo respeto al poder popular de que estais revestidos, una firme adhesion á la Constitucion que he jurado, y un amor denodado por la igualdad y por la libertad; sí, por la igualdad, que aunque no tenga ya adversarios, no deja por eso de tener necesidad de celosos defensores.» A los dos dias atrajo en su favor toda la Asamblea al hablar de la responsabilidad de los ministros. «Acepto — dijo — la definicion que acaba de darse de la situacion de los ministros, diciendo que la responsabilidad quiere decir *la muerte*. No escaseeis amenazas con respecto á nosotros, ni trateis de disminuirnos los peligros. Cargadnos sobre todo de trabas personales; pero al mismo tiempo dadnos los medios necesarios para que hagamos que marche la Constitucion. En cuanto á mí, aprovecho esta ocasion para rogar encarecidamente á los miembros de la Asamblea que me informen de todo cuanto crean que puede ser útil al bien público en mi administracion. Nuestros intereses y nuestros enemigos son unos mismos. Lo que debe llevarse á ejecucion no es la letra de la Constitucion, sino su espíritu. ¡No hay que contentarse sólo con cumplir con el deber, lo que necesitamos principalmente es salir bien con nuestra empresa! Vosotros vereis que el ministro está convencido de que no puede salvarse la libertad por otro medio que con vosotros y por vosotros. Dejad por un momento de desconfiar en nosotros, no nos condeneis hasta que lo hayamos merecido; entre tanto, dadnos con confianza los medios de poder servirlos.»

Semejantes palabras hacian impresion aún en los ánimos más prevenidos. Se votó la impresion de este discurso y su remision á los departamentos. Para cimentar esta reconciliacion entre el rey y la nacion, Mr. de Narbona se presentó en las comisiones de la Asamblea, les comunicó sus planes, discutió con ellas las medidas que se proponia adoptar, é inclinó los espíritus con sólo este paso á interesarse en sus resoluciones. Esta mancomunidad de gobierno era el verdadero espíritu de la Constitucion. Los demas ministros no veian en ella sino una humillacion al poder ejecutivo y una abdicacion de la dignidad real. Mr. de Narbona creia, por el contrario, que era el solo medio de reconquistar el espíritu de la nacion á favor del rey. La opinion habia disminuido las prerogativas del trono; sólo ella podia reintegrarle en ellas y consolidarlo. Obrando de este modo, consiguió Mr. de Narbona hacerse un ministro enteramente popular y arrastrar tras sí la opinion pública.

Cuando el emperador hizo comunicar al rey un mensaje alarmante respecto á la seguridad de las fronteras, el rey pasó personalmente á la Asamblea para enterarla de las disposiciones enérgicas que pensaba tomar. En cuanto salió Luis XVI del Congreso, volvió á entrar Mr. de Narbona, y subió á la tribuna. «Voy á marchar inmediatamente — dijo — á recorrer nuestras fronteras y á inspeccionar por mí mismo lo que pasa, no porque crea fundada la desconfianza que tiene el soldado en la oficialidad, sino porque espero disiparla hablando á unos y otros en nombre de la patria y del rey. Diré á los oficiales que las antiguas preocupaciones y un amor al trono, llevado más allá de lo conveniente y justo, han podido hacer excusable su conducta por un cuanto tiempo; pero que la palabra traicion no está en el diccionario de las naciones que conocen el honor. A los soldados les diré: Vuestros oficiales continúan en las filas de la nacion, y están ligados á la revolucion por el juramento y por el honor. La salvacion del Estado depende de la disciplina de su ejército. Desde aquí voy á entregar mi cartera al ministro de Nego-